

ROBERT
GALBRAITH
EL CANTO
DEL CUCO

Traducción de Jesús de la Torre

ESPASA  NARRATIVA

Título original: *The Cuckoo's Calling*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2013 por Sphere

Copyright © 2013 Robert Galbraith Limited

Los derechos morales del autor han sido reservados

© Espasa Libros S. L. U., 2013

© De la traducción: Jesús de la Torre Olid, 2013

Todos los personajes y acontecimientos que aparecen en esta novela, excepto aquellos que pertenecen claramente al dominio público, son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Depósito legal: B. 23.683-2013

ISBN: 978-84-670-4039-5

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Rotapapel, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*Para el verdadero Deeby,
muchas gracias.*

*¿Por qué naciste cuando la nieve caía?
Debiste haber nacido con la llamada del cuco,
o cuando las uvas están verdes en el racimo
o, al menos, cuando las ágiles golondrinas se reúnen
para su lejano vuelo
desde el verano agonizante.*

*¿Por qué has muerto cuando los corderos están paciendo?
Deberías haber muerto con la caída de las manzanas,
cuando el saltamontes se encuentra en apuros,
y los trigales son rastrojos empapados
y los vientos suspiran
por las cosas buenas que han muerto.*

CHRISTINA G. ROSSETTI, *Canción fúnebre.*

PRÓLOGO

Is demum miser est, cuius nobilitas miserias nobilitat.

«Infeliz es aquel cuya fama hace famosos sus infortunios».

Lucio Accio, *Telephus*.

La agitación en la calle era como el zumbido de las moscas. Los fotógrafos se apiñaban tras las vallas vigiladas por la policía, con sus grandes cámaras preparadas y el aliento elevándose como el vapor. La nieve caía ininterrumpidamente sobre gorros y hombros; los dedos enguantados limpiaban las lentes. De vez en cuando, se oían arranques de esporádicos chasquidos: los observadores ocupaban el tiempo de espera sacando fotos a la carpa de lona blanca que estaba en medio de la calle, a la entrada del alto edificio de apartamentos de ladrillo rojo que había detrás y al balcón del piso superior desde donde había caído el cuerpo.

Tras los apretujados *paparazzi* había furgonetas blancas con enormes antenas parabólicas sobre el techo y periodistas hablando, algunos en idiomas extranjeros, mientras alrededor merodeaban técnicos de sonido con los auriculares puestos. En los descansos de las grabaciones, los reporteros pateaban el suelo y se calentaban las manos con tazas de café caliente de la rebotante cafetería que estaba a pocas calles de distancia. Para matar el tiempo, los cámaras, cubiertos con gorros de lana, grababan las espaldas de los fotógrafos, el balcón, la carpa donde se ocultaba el cuerpo y, después, buscaban otra ubicación para planos generales que abarcaran el caos que se había desatado en aquella tranquila calle de Mayfair cubierta de nieve, con sus filas de brillantes puertas negras enmarcadas en portales de piedra blanca flanqueados por arbustos podados de forma orna-

mental. La entrada del número 18 estaba acordonada. Se entreveía a oficiales de la policía, algunos de ellos expertos forenses vestidos de blanco, en el vestíbulo.

Los canales de televisión llevaban dando la noticia desde hacía varias horas. Había espectadores que se agolpaban en cada extremo de la calle, retenidos por más policías. Algunos habían llegado a propósito, para mirar, otros se habían detenido de camino al trabajo. Muchos sostenían en alto sus teléfonos móviles para sacar fotografías antes de seguir su camino. Un joven, que no sabía cuál era el balcón en concreto, hizo fotografías de cada uno de ellos, pese a que el de en medio estaba lleno de arbustos ornamentales, tres perfectas y frondosas esferas que apenas dejaban espacio para un ser humano.

Un grupo de chicas había llevado flores y las habían grabado mientras se las entregaban a la policía, que aún no había decidido dónde colocarlas. Las dejaron en la parte trasera de la furgoneta de la policía, conscientes de que las cámaras seguían cada uno de sus movimientos.

Los corresponsales enviados por los canales de noticias de veinticuatro horas mantenían un flujo continuo de comentarios y especulaciones sobre los pocos datos sensacionalistas que conocían.

—... desde su ático alrededor de las dos de la mañana. El guardia de seguridad del edificio alertó a la policía...

—... aún no hay indicios de que se hayan llevado el cuerpo, lo cual ha dado lugar a especulaciones...

—... no se sabe si estaba sola cuando cayó...

—... varios equipos han entrado en el edificio para llevar a cabo una investigación meticulosa.

Una fría luz invadía el interior de la carpa. Había dos hombres agachados junto al cadáver, listos para meterlo, por fin, dentro de un saco para transportarlo. La cabeza había sangrado un poco en la nieve. El rostro estaba destrozado e

hinchado, un ojo reducido a una arruga y el otro mostrando una línea blanca grisácea entre los párpados dilatados. Cuando la camisa de lentejuelas que llevaba puesta relucía con los ligeros cambios de luz, provocaba una inquietante impresión de movimiento, como si volviera a respirar o estuviese tensando los músculos, dispuesta a levantarse. La nieve caía con un ruido seco sobre la lona.

—¿Dónde está la maldita ambulancia?

El mal genio del inspector de policía Roy Carver iba en aumento. Era un hombre barrigudo, con el rostro del color de la carne en salmuera, cuyas camisas estaban normalmente manchadas de sudor alrededor de las axilas y cuya poca paciencia se había agotado horas antes. Llevaba allí casi tanto tiempo como el cadáver. Tenía los pies tan fríos que ya no los sentía y sufría mareos provocados por el hambre.

—La ambulancia está a dos minutos —dijo el oficial de policía Eric Wardle, respondiendo sin querer a la pregunta de su superior cuando entró en la carpa con el móvil apretado contra su oído—. Acabo de dejar libre un espacio para que pase.

Carver refunfuñó. Su mal humor se agravaba por la convicción de que a Wardle le emocionaba la presencia de los fotógrafos. De aspecto juvenil y atractivo, con pelo abundante y ondulado de color castaño ahora cubierto de nieve, Wardle había estado, según la opinión de Carver, perdiendo el tiempo en sus pocas incursiones fuera de la carpa.

—Al menos, todos esos se irán cuando se lleven el cuerpo —dijo Wardle todavía mirando hacia los fotógrafos.

—No se van a ir mientras sigamos tratando este lugar como una jodida escena de un crimen —espetó Carver.

Wardle no respondió a aquel desafío tácito. Carver explotó de todos modos.

—La pobre estúpida saltó. No había nadie más allí. Tu supuesta testigo estaba puesta de cocaína.

—Ya viene —anunció Wardle y, para disgusto de Carver, salió de la carpa para esperar a la ambulancia a la vista de las cámaras.

Aquella historia dejó a un lado las noticias de política, guerras y desastres y todas sus versiones centelleaban con imágenes del rostro perfecto de la mujer muerta y su cuerpo ágil y escultural. En pocas horas, los escasos datos que se conocían se habían extendido como un virus a millones de personas. La discusión en público con su famoso novio, el trayecto a casa sola, los gritos que se oyeron y, finalmente, la fatídica caída.

El novio entró rápidamente en un centro de rehabilitación, pero la policía seguía mostrándose hermética. Se había perseguido a todos los que habían estado con ella la noche de su muerte. Se habían dedicado miles de columnas en la prensa y horas en las noticias de la televisión, y la mujer que juraba haber oído una segunda discusión momentos antes de que el cuerpo cayera se hizo también famosa en poco tiempo y fue recompensada con fotografías de menor tamaño junto a las imágenes de la hermosa chica muerta.

Pero entonces, ante un apenas audible gemido de decepción, se demostró que la testigo había mentido y esta se retiró a un centro de rehabilitación, saliendo a la palestra a continuación el famoso sospechoso principal, igual que el hombre y la mujer de una casita meteorológica, que nunca pueden salir al mismo tiempo.

Así que, al final, había sido un suicidio, y tras una breve interrupción de sorpresa, la historia adquirió una segunda y débil versión. Se escribió que la joven estaba desequilibrada, que era inestable, que no llevaba bien el enorme estrellato que habían alcanzado su extravagancia y su belleza; que había ingresado en una clase inmoral y adinerada que la había corrompido; que la decadencia de su nueva vida había trastornado una personalidad ya de por sí frá-

gil. Se había convertido en una dura moralina cargada de regocijo en el mal ajeno y hubo tantos columnistas que hicieron alusión a Ícaro que la revista *Private Eye* le dedicó una columna especial.

Y después, por fin, el histerismo se fue pasando y ni siquiera a los periodistas les quedó nada que decir, salvo que ya se había dicho demasiado.

TRES MESES DESPUÉS

PRIMERA PARTE

*Nam in omni adversitate fortunae infelicissimum est
genus infortunii, fuisse felicem.*

«Pues en toda adversidad de la fortuna
el más infeliz entre los desafortunados
es el que ha sido feliz».

Boecio, *De Consolatione Philosophiae*.

1

Aunque los veinticinco años de vida de Robin Ellacott habían tenido sus momentos de dramatismo y sus incidentes, nunca antes se había despertado sabiendo con seguridad que recordaría mientras viviera el día que empezaba.

Poco después de la media noche, Matthew, su novio desde hacía tiempo, le había propuesto matrimonio bajo la estatua de Eros en pleno Piccadilly Circus. En medio de la sensación de vértigo y alivio que siguió a su aceptación, él le confesó que había planeado hacerle la pregunta en el restaurante tailandés en el que acababan de cenar, pero que se lo había pensado mejor al ver a la pareja silenciosa que estaba a su lado escuchando con disimulo toda la conversación. Por tanto, había propuesto dar un paseo por las oscuras calles a pesar de las quejas de Robin, porque los dos tenían que levantarse temprano y, por fin, le vino la inspiración y la llevó, confundida, a los pies de la estatua. Allí, lanzándose de cabeza en esa noche fría —algo muy poco propio de Matthew— se había declarado, apoyado en una rodilla, delante de tres vagabundos que estaban acurrucados en los escalones compartiendo lo que parecía una botella de metanol.

A los ojos de Robin, había sido la declaración de matrimonio más perfecta de toda la historia de los matrimonios. Él incluso guardaba en el bolsillo un anillo que ahora llevaba ella puesto. Un zafiro con dos diamantes que se le ajustaba a la perfección. Y durante el trayecto de vuelta no dejó de mirarlo en su mano, que descansaba sobre su regazo.

Ahora Matthew y ella tenían una historia que contar, una divertida historia familiar de las que se cuentan a los hijos y en la que los planes de él —a Robin le encantaba que lo tuviese planeado— se habían torcido y se habían convertido en algo espontáneo. Le encantaba lo de los vagabundos, y la luna, y Matthew, nervioso y aturullado, apoyado en una rodilla. Le encantaba Eros, el viejo y sucio Piccadilly y el taxi negro que los había llevado a su casa de Clapham. En realidad, incluso le gustaba Londres, que hasta ahora no le había entusiasmado demasiado durante el mes que llevaba viviendo allí. Los pálidos y beligerantes viajeros que se apretujaban en el vagón del metro a su alrededor de camino al trabajo resplandecían con el reflejo dorado que irradiaba el anillo. Y cuando salió a la luz del frío día de marzo en la estación de Tottenham Court Road, se acarició la parte inferior del anillo de platino con el dedo pulgar y experimentó una explosión de felicidad al pensar que a la hora de la comida podría acercarse a comprar alguna revista de novias.

Los ojos de los hombres se detenían en ella mientras se abría paso entre las obras al principio de Oxford Street. Consultaba un papel que llevaba en la mano derecha. Bajo cualquier punto de vista, Robin era una chica guapa: alta, con curvas y con un pelo largo de color rubio rojizo que ondeaba cuando caminaba con paso enérgico mientras el frío le daba color a sus pálidas mejillas. Era su primer día de trabajo como secretaria durante una semana. Había tenido trabajos eventuales desde que había llegado a Londres para vivir con Matthew, aunque no seguiría así mucho tiempo más. Tenía ya programadas lo que calificaba de entrevistas «de verdad».

Lo más desafiante de aquellos trabajos tan poco sistemáticos y estimulantes era a menudo encontrar las oficinas. Londres, después de salir de su pequeña ciudad de Yorkshire, le parecía enorme, complicado, impenetrable. Matthew le había dicho que no fuese caminando con la nariz pegada a un mapa, pues le haría parecer una turista vulnerable. Por

tanto, la mayoría de las veces, dependía de planos mal dibujados a mano que alguien de la agencia de trabajo temporal le había dado. No estaba convencida de que aquello le hiciera parecer más una londinense de nacimiento.

Las vallas de metal y los muros de plástico azul Corimec que rodeaban las obras hacían mucho más difícil ver por dónde tenía que ir, pues ocultaban la mitad de los puntos de referencia dibujados en el papel que llevaba en la mano. Cruzó la destrozada calle delante de un alto edificio de oficinas que en su plano llevaba el nombre de «Centre Point» y que parecía un gigantesco gofre de hormigón con su opaca cuadrícula de ventanas cuadradas y uniformes y se dirigió como pudo hacia Denmark Street.

La encontró casi por casualidad, siguiendo un estrecho callejón llamado Denmark Place que desembocaba en una calle corta llena de coloridas fachadas de tiendas, con escaparates abarrotados de guitarras, teclados y todo tipo de objetos musicales. Unas vallas rojas y blancas rodeaban otro agujero abierto en la calle y unos obreros con chalecos fluorescentes la saludaron con silbidos de admiración de primera hora de la mañana que Robin fingió no oír.

Miró el reloj. Se había concedido su habitual margen de tiempo para perderse, por lo que llegaba un cuarto de hora antes. La anodina puerta pintada de negro de la oficina que buscaba se encontraba a la izquierda del 12 Bar Café. El nombre del propietario del despacho estaba escrito en un trozo de papel rayado pegado con cinta adhesiva al timbre de la segunda planta. Un día normal, sin el reluciente anillo nuevo en su dedo, aquello podría haberle parecido desagradable. Sin embargo, ese día, el papel sucio y la pintura desconchada de la puerta eran, como los vagabundos de la noche anterior, simples detalles pintorescos que servían de telón de fondo para su maravillosa historia de amor. Volvió a mirar el reloj —el zafiro resplandeció y el corazón le dio un brinco: vería relucir aquella piedra el resto de su vida— y, a continuación, decidió, en un brote de euforia, llegar

temprano y mostrarse entusiasta por un trabajo que no le importaba lo más mínimo.

Acababa de poner la mano junto al timbre cuando la puerta negra se abrió desde dentro y una mujer salió a la calle. Durante un segundo curiosamente estático, ambas se miraron a los ojos mientras se preparaban para aguantar una colisión. Los sentidos de Robin estaban inusualmente receptivos aquella mañana encantada. La visión de medio segundo de aquel rostro blanco le causó tanta impresión que, momentos después, cuando habían conseguido esquivarse sin tocarse por un centímetro, una vez que la mujer había avanzado a toda prisa por la calle, había doblado la esquina y se había perdido de su vista, pensó que podría dibujarla a la perfección de memoria. No fue solo la extraordinaria belleza de su rostro lo que había hecho que se le quedara grabada en su memoria, sino la expresión de su cara: furiosa pero curiosamente alegre.

Robin agarró la puerta antes de que se cerrara en el lóbrego hueco de la escalera. Una escalera vieja y metálica ascendía en espiral alrededor de un ascensor igualmente antiguo. Concentrada en evitar que sus altos tacones se atascaran en las escaleras de metal, subió a la primera planta, pasó junto a una puerta que tenía un cartel laminado y enmarcado que decía «Gráficas Crowdy» y siguió subiendo. Solo cuando llegó a la puerta de cristal de la planta de arriba, Robin fue consciente por primera vez del tipo de empresa que era aquella a la que la habían enviado para ayudar. En la agencia, nadie se lo había dicho. El nombre que había en el papel junto al timbre de fuera estaba grabado en el cristal: «C. B. Strike» y, debajo, «Detective privado».

Robin se quedó inmóvil, con la boca ligeramente abierta, experimentando un momento de asombro que nadie que la conociera habría comprendido. Nunca había confiado a ningún ser humano —ni siquiera a Matthew— su perenne, secreto e infantil deseo. ¡Y que aquello ocurriera precisa-

mente ese día! Parecía un guiño de Dios. Y esto lo relacionó también en cierto modo con la magia de ese día, con Matthew y el anillo, pese a que, si lo pensaba detenidamente, no tenían relación ninguna.

Saboreando aquel momento, se acercó muy despacio a la puerta con el nombre grabado. Levantó la mano izquierda —zafiro oscuro ahora, bajo la tenue luz— hacia el pomo. Pero antes de tocarlo, la puerta de cristal se abrió.

Esta vez no pudo esquivarlo. Cien kilos de masculinidad desaliñada y sin mirar chocaron contra ella. Robin recibió tal golpe que la levantó del suelo y la catapultó hacia atrás, con el bolso volando, moviendo los brazos en el aire, hacia el vacío que había sobre el letal hueco de la escalera.